

*El que subió por sendas nunca usadas* (1), cayó en una desesperación profunda. El adolescente Miguel, que admiraba y reverenciaba á Herrera, aprendió entonces aquellos versos suyos, que por toda Sevilla circularon:

“Y lo que más me condena  
es el bien de la memoria,  
que quien más sabe de gloria  
sabe más sentir de pena.”

(1) Cervantes. Soneto á la muerte de Fernando de Herrera.

## CAPÍTULO V.

LAS GRADAS DE SEVILLA, ESCUELA.—LOPE DE RUEDA,  
MAESTRO.

Las *gradas* de la catedral sevillana en aquel tiempo eran lo que después fueron las gradas de San Felipe en Madrid, y mucho más que esto. En la acera ancha que rodea la catedral junto á los muros de piedra, formaban una costra de humanidad y de materias más ó menos vendibles, los vendedores de frutas y hortalizas, con sus tenderetes de madera adosados al paredón, los merceros, los pasamaneros ó cordoneros que trenzaban al aire libre, los percoceros ó plateros de martillo, que en un santiamén ponían *gracias* iniciales de alambre en hebilla, sortija ó medallón, ó bien repujaban una chapilla de plata ó de oro con labores moriscas, dejándola desconocida para su legítimo dueño. Con estos medio industriales, medio hampones, alternaban en el disfrute de los poyos de fábrica arrimados á la catedral las almonedas, en donde se vendía y regateaba cuanto desperdicio innumerable da de sí una gran ciudad, los boneteros y medieros de lana, los bancos, cambiantes y banqueros al menudeo, con sus puntas de usureros y sus ribetes de ladrones. Apoyados en los marmolillos, que unidos entre sí por grueso cadenaje de hierro dulce venían á cerrar la acera, y también esparcidos por los cuatro ó cinco escalones que la alzan sobre el piso de la calle, lanzaban á los vientos sus caprichosos é inverosímiles gritos los pregoneros, oficio netamente sevillano que allí constituye una bella arte en que hay mucho de música arábica para modular las voces del pregón

tanto más sugestivas é incitantes cuanto menos inteligibles, mucho de escultura para colocarse en la facha y emplear el ademán que vaya bien con el grito, y muchísimo de literatura picaresca y de conocimiento del corazón humano.

Algunos días, en el mismo sitio donde el pregonero anunciaba ventas ó prometía galardones y hallazgos por joyas perdidas, plantificábase un peregrino de Roma ó de Santiago, un fraile llegado sabe Dios de qué sitio, y comenzaba á predicar contra todas las ostentaciones, vanaglorias y demoniacos lujos, que aquellos montones de venal miseria significaban, á su parecer. Arremolinábase la gente curiosa y baldía á escucharle, y entre el montón no faltaban ciertos venerables viejos de bayeta negra con anteojos ó con visera verde, á favor de la cual deslizaban miradas escrutadoras hacia los bolsillos, que muy luego eran visitados por las manos listas y por las ágiles tijeras de los ganchuelos y traineles por allí pululantes. Acababa el fraile ó el peregrino su sermón y venía tartaleando un ciego con su gozque á la cuerda, rezando y cantando girones de viejos romances aderezados á lo divino y devotas ensaladillas, ó proponiendo enigmas y adivinanzas que venían á parar en loores al Santísimo Sacramento. Al ciego, al fraile, al peregrino, al almonedero, rodeaban descuidadamente cuidadosos unos soldados sin compañía, con los bigotes encerados, que casi horadaban la tendida halda de los sombreros, unos guapos, jaques y majos de la fanfarria, de estos que entonces y ahora se llaman *hombres* en Sevilla. Ser *hombre* era ser bravo conocido, pregonero de cabezas, índice de matonerías, un poco rufián, dos pocos borracho y á todo ruedo ladrón.

El ladronicio reinaba é imperaba en Sevilla día y noche. Los ladrones en grande venían de Italia al tufo de las galeras de Indias, y habitaban provechosos despachos en la calle de Génova: eran los florentines y genoveses á cuyas manos vino á parar un tiempo todo el dinero que antes tomaba la senda de las bolsas judáicas. Ladrones al menudo eran los abonados á las Gradas, los concurrentes al Baratillo que se hacía junto al Arenal, los pupilos y pupilas del Compás, los pescadores de la

Costanilla, los jiferos y sus comparsas del barrio de la Carne. Con estos *hombres* gustaban de tratarse y conferir, como hoy con los toreros y cantaores, los señoritos de más rancia nobleza, á quienes el título de *hombres* parecía más razonado y meritorio que los heredados blasones de sus abuelos. Ladrones eran, por fin, todos los seres componentes de la gusanera que en torno á la Iglesia mayor se formaba. Gruñían los canónigos al ver la casa del Señor circuida por mercaderes peores que los del templo hierosolimitano; pero ninguno había tan virtuoso y horro de culpas que fuese capaz de alzar el azote contra ellos. Por su parte, el Ayuntamiento, la gran casa de corrupción que se pavoneaba orgullosa en la plaza de San Francisco, desafiando á la casa de enfrente, que es la Audiencia, su eterna enemiga, cobraba un fuerte arrendamiento por los poyos de las gradas, y no quería renunciar á él. Servidores del Cabildo municipal eran muchos de los ladrones, y sus encubridores y cómplices.

Cuando llegaba la noche, comenzaban á recorrer las calles desiertas y oscuras los animeros, quienes, pagados por el Municipio, iban tocando una lúgubre campanilla, para que el descuidado durmiente ó el regalón cenante se acordaran de las ánimas del Purgatorio y de sus padecimientos y quemazones. Al paso, los buenos animeros escrutaban por esta reja ó por aquel patio, hurgaban los goznes de una puerta, aplastaban una pelota de cera contra una cerradura, descuidaban unas calzas ó unas camisas á secar, olían el *negocio* por todas partes.

De estas y de otras muchas cosas iba enterándose Cervantes y en el alma le entraba la alegría y el garbo y rumbo de la picaresca, porque esto que narrado hoy nos parece triste y aun horrendo, era un regalo y un convite para los valientes ánimos de entonces. El quemadero del campo de Tablada para los perseguidos por la Inquisición, y la horca de la plaza de San Francisco para los condenados por la justicia civil, eran dos espectáculos gratuitos á la mocedad, y dos aulas al aire libre donde á grandes y chicos les daba casi diaria lección la muerte, no estimada en más ni en ménos que la vida. Las muecas de un ahorcado, los gestos de un sambenitado, la paciente resignación de una alca-

cahueta emplumada ó enmelada eran plato de gusto tan sabroso como las regocijadas farsas y los pasillos del gran Lope de Rueda, que por entonces quitaba la amarillez y las ojeras á los tercianarios de toda España. Tanto como verle representar el bobo, el negro ó el vizcaíno, era interesante y curioso para los mozuelos como Miguel, metidos de hoz y de coz en aquella vida intensa y abundante, de que hoy, encanijados y temblones, no tenemos idea, salir á las afueras, ya hacia Brenes, ya hacia Castilleja ó la Algaba, y ver cómo se pudrían al sol implacable las enjauladas cabezas y los colgantes miembros de los descuartizados, á quienes por entretenerse, muchachos, arrieros y caminantes, solían tomar como blanco de sus hondas, saltándoles los ojos á pedradas; ó bien, junto á la riqueza que preñaba los vientres de las galeotas y al par de los fardos en donde Italia, Oriente y las Indias enviaban sus más ricos presentes, ver cómo perecían roídos por la miseria, carcomidos por la peste, agarrotados por las bubas, consumidos por el cáncer ó simplemente extenuados por el hambre, tantos y cuantos hombres á quienes casi todos los días se recogía muertos por las calles, sin que sesenta ó setenta hospitales y casas de caridad, repletos siempre, pudieran recibirlos.

La necesidad cotidiana, ya no era un secreto para Miguel cuando llegó á Sevilla; pero sólo en Sevilla pudo hacer el cotejo de las grandes opulencias con las miserias últimas; sólo allí entró en contacto diario con las asperezas del vivir y del morir, y se hizo á mirar con semblante animoso cuanto después presentársele pudiera. Los que no hemos visto un muerto hasta que teníamos treinta años, los que huimos de los hospitales y de los patíbulos, de las tascas y de los chamizos donde la miseria hierve, no podemos ni debemos alardear de que hemos visto vida ni darla de que conocemos á los hombres. Ved aquí al más grande ingenio que ha engendrado España, ya desde los diez y siete años hundido en la realidad, viendo todas sus lacerías, palpando sus llagas, oliendo sus pestes, oyendo sus ayes, paladeando sus amarguras. Seguid sus pasos por las angostas calles de Sevilla. Camina sin rumbo, como quien sabe que doquiera ha de encontrar algo que le importe y cautive. Es un mozo rubio, delgado, de abierta fisonomía,

de ademán resuelto, terciada la gorra, prevenido el estoque. A los pocos pasos ve encaminarse hacia la Iglesia de San Miguel un lucido cortejo, al que precede y sigue chilladora escolta de muchachos.

Es un bautizo de los de rumbo. En medio de la turbamulta descuella la vara alta, el sombrero á la chamberga, la blanca gorguera y el barbudo coramvobis del señor D. Sancho, Alguacil mayor de la ciudad, quien marcha á pie, sudoroso y embarazado con el embeleco de la capilla de velludo y del gorguerón, arambeles engorrosísimos en el día, que es de los calurosos del verano, el 18 de Julio de 1564. Acompañan á D. Sancho, su teniente mayor Alonso Pérez y la habitual ronda volante de alguaciles, porqueroes y corchetes, unos con gorras, otros con sombreros, quién con vara, quién con espada, de ellos con dagas de ganchos al cinto, de ellos con el acero en la mano ó bajo el brazo por no tener cinto ni tahalí. Junto á D. Sancho van el rico sevillano D. Pedro de Pineda, á quien Miguel conoce por ser vecino suyo, y el respetable oidor Hernando de Medina, todos gente de su posición y de posibles. A Miguel no deja de sorprenderle tan gran aparato para un bateo; pero su sorpresa se cambia en admiración vivísima, al ver que el protagonista de toda aquella procesión es ¡quien lo pensara! el gran Lope de Rueda, "varón insigne en la representación y el entendimiento, hombre excelente y famoso". Sí, sí, Lope de Rueda es; aquellos son sus ojillos hirvientes de malicias, aquellas sus barbas cerradas y ya canosas, aquel su inquieto semblante. Miguel recuerda entonces que en el barrio se comentaba la alegría del gracioso representante al saber que iba ser padre y lo que se decía de su mujer Rafaela Angela, de quien aseguraban algunos que no se llamaba así ni era valenciana, como decía el propio Lope, sino que era una danzarina andariega á quien su marido conoció hallándose ella vestida de hombre, como paje, en el servicio del melancólico y entristecido señor D. Gastón de la Cerda, duque de Medinaceli, quien pasaba años antes sus hipcondrias negras en el palacio de Cogolludo, sin que nada le contentase ni le diera consuelo, sino los cantares, danzas, chistes y meaneos de la endiablada mujer... Decíase también que la tal se lla-

maba Mariana ó algo así, y que, habiendo servido sabe Dios cómo y en qué por más de seis años al duque, no cobró de él ni un maravedí, por lo cual hubo pleito que ella sostuvo, ya casada con Lope de Rueda. Como quiera que fuese, Lope de Rueda era el hombre más popular de Sevilla, el que mejor entretenía á sus conciudadanos, y aquel á quien estos debían sus más sazonadas horas de regocijo. «Fué admirable en la poesía pastoril, y en este modo ni entonces ni después acá ninguno le ha llevado ventaja». (1) Y ¿qué diversión podía haber para las gentes de complicada y enérgica vida que poblaban la ciudad como aquellos sencillos y amorosos coloquios de Cilena y Menandro, y sus galanas frases de rebuscada y artificiosa simplicidad?

„Anday mi branco ganado  
por la frondosa ribera,  
no vais tan alborotado,  
seguid hacia la ladera  
deste tan ameno prado.  
Gozad la fresca mañana,  
llena de cien mil olores,  
paced las floridas flores,  
por las selvas de Diana,  
por los collados y alcores.....»

Oía Miguel, todo oídos, y veía, todo ojos, las tales farsas infantiles, donde está en esencia y embrión todo nuestro teatro: la comedia *Medora*, la *Armeline* y la *Eufemia*, reflejos de Italia con españoles cambiantes, y aún más que esto le cautivaban y seducían los *pasos* inmortales de este primer Lope, vispera del otro Lope y abuelo de Molière. En medio de la tiesura y almidonamiento que á la poesía de los grandes sevillanos y de los grandes castellanos agarrotaba, entre imitaciones de los clásicos latinos y griegos y sacras reminiscencias de la Biblia, con que empedraban sus versos y empañaban los rayos súbitos de su inspiración, á vueltas de esa literatura oficial y de oficio, ensalzada como cosa de escuela y consagrada como cosa de iglesia, la franca, la humana, la

(1) Cervantes. Prólogo de sus Comedias.

restallante carcajada de Lope de Rueda venía á sonar en los oídos de Cervantes como la primera fresca voz del verdadero genio español, que al sol andaba y por las calles se movía, mirando y copiando la realidad como ella es: y por ante sus asombrados y regodeados ojos cruzaban el burlón Salcedo y el bobo Alameda, el ladrón Samadel y el hidalgo tramposo Brezano, el pedante y mísero Doctor Lucio y el complaciente marido Martín de Villalba, su descocada mujer Bárbara y el agudo estudiante Jerónimo, la negra Cristina y el lacayo Vallejo, el rufián cobarde Sigüenza y su colérica coima Sebastiana, y por fin, las cuatro figuras eternas de *Las aceitunas*, donde sin acrimonia didáctica se muestra y castiga, entre risas y bromas, las ilusiones y vanas esperanzas de que nos mantenemos en el mundo.

Lope de Rueda, creador del diálogo teatral en cuanto á la técnica, fué el Bautista del humorismo español, del cual Cervantes había de ser el Mesías. El claro, risueño y generoso concepto de la vida que el afortunado batidor de oro poseyó y expuso en los *pasos*, era el positivo, el verdadero, el sano, el concepto copiado por Miguel en los entremeses, afinado en las *Novelas ejemplares*, magnificado y sublimado en el *Quijote*. Lope de Rueda fué el agujón de Miguel y de todos los grandes conocedores de la realidad baja y de la alta realidad. Pero no penseis que hubiera sido indiferente el que Miguel escuchase y viese representar á Lope de Rueda, como se ha dicho, en Segovia ó en Córdoba ó en Madrid. No; donde hubo de oírle y admirarle y prendarse de su talento y de la especial manera de su genio, fué en Sevilla, donde Lope, ya viejo, sacaría todos sus más variados y hondos recursos para sorprender y agradar á sus paisanos, á los que le habían conocido pobre oficial, laminando panes de oro; en Sevilla, donde cielo y suelo y aire hablan y regocijan el ánimo, y la muerte y la miseria son ocasión de burlas y nada hay absolutamente irreparable. No en otro sitio apreció y admiró Miguel á aquel hombre sin par, que «con cuatro pellicos blancos, guarnecidos de guadamecí dorado, y con cuatro barbas y cabelleras metidas en un costal, y con cuatro cayados y una manta vieja tirada con dos cordeles de una parte á otra», iba con la fuerza de

sus carcajadas despertando al espíritu español, que roncaba soñando caballerías guerreras y místicas aventuras. Siglos de pesadumbres y desdichas pasaron por cima de Cervantes, y el Manco sano, hallándose en conversación de amigos donde se trataba de comedias, y siendo el más viejo de los presentes, rumiaba gustoso la impresión que, muchacho, le causó el ver representar á Lope de Rueda. Bien claro está cómo se le quedó albergada en el corazón desde entonces para siempre la más alta cualidad literaria, la que sólo alcanzan los genios, la devoción y fidelidad á Nuestra Madre y Señora la Ironía, que salva á los hombres del olvido.

## CAPÍTULO VI

## LAS HERMANAS DE MIGUEL

El convento de Carmelitas descalzas de la Concepción, vulgo de la Imagen, en Alcalá de Henares, era un gran edificio, compuesto de varios caserones apiñados en diferentes épocas. Llegaban á él los últimos ruidos de la población escolar, que hasta la vecina calle de Santiago se extendía, y los ruidos primeros de la población solariega, que en el arranque de la calle Mayor empezaba. Cercano al palacio arzobispal, salpicaron el convento de la Imagen algunas de las finezas arquitectónico-escultóricas del gusto plateresco, prodigadas por Fonseca y por Tavera en los patios y salones de aquella mansión que Cisneros dejó á medio hacer. Esa arquitectura cortesana, elegante, hija de las *Loggie* de Rafael Sanzio y del refinado vivir del Vaticano; ese arte, que trata grandiosamente lo pequeño y regresa á la imitación del natural sin despreciar el esfuerzo de la fantasía, irrumpe en la castiza severidad del convento trepando por una escalera palaciana que une los blanqueados claustros del piso bajo con los enlucidos claustros del piso principal. Puede ser que esa ostentosa balaustrada, digna de que en ella apoyen sus manos largas y exangües las princesas de Pantoja y Sánchez Coello, la pusiese allí aquel D. Juan Tavera del rostro delgado, de la perspicaz mirada, de la muceta color de vino, á quien retrató, vivo, el Greco, y muerto el anciano Berruete, y de quien decía Carlos V que "en faltando D. Juan Tavera de su corte faltaba su mejor ornamento".

El día 11 de Febrero de 1565, el bello pasamanos de piedra